

americanos, y no limitándose á cerrarles la entrada de los puertos del continente, dispuso que fueran apresados en los puertos franceses ó dependientes de Francia, y reclamó enérgicamente que se ejecutara lo mismo en Prusia, Dinamarca y Rusia. Para plantear esta providencia en su imperio, alegaba una razón de que se manifestaba más poseído que lo estaba realmente, y consistía en las presas que en América se habían decretado contra los buques franceses, infractores de la ley del embargo por tocar en aquellos puertos. Tres ó cuatro habían sido apresados sin duda, porque osando aventurarse al Océano Atlántico, violaron á sabiendas, ó no á sabiendas, la ley americana; pero los de América llegados á los puertos de Francia y sometidos á secuestro se contaban por centenares. Mucho daño es este (decía el ministro americano defendiendo en París á sus compatriotas y confesando sus tropelías) para el muy pequeño ocasionado á los franceses. — Nada es la extensión del daño (respondía Napoleón) donde el honor del pabellón lo es todo. Vuestra mano habéis puesto en buques franceses, cubiertos con mis colores, y bastaría la presa de uno sólo para capturar yo, si pudiera, toda la marina americana. Esta era una razón de mero aparato, y Napoleón aparentaba más enojo del que sentía, buscando un pretexto especioso para apresar en Holanda, Francia é Italia los muchos buques americanos, que hacían el fraude por los ingleses y que se hallaban á su alcance. Efectivamente había secuestrado gran número de aquellos buques, proporcionándole sus ricos cargamentos con que proveer á su tesoro de recursos casi iguales á los que le valían las contribuciones impuestas á los vencidos. Con todo, penetrado del interés de unirse á los americanos, para enemistarlos con los ingleses, abrió una negociación con el general Armstrong, representante en París del gobierno de los Estados Unidos; sin vacilar reconoció en términos formales que sus decretos de Berlín y de Milán eran una violencia, aunque emanada de otra: sostuvo que no había tenido otro medio de responder á la insolente pretensión británica de exigir un derecho por la navegación de los mares; y declaró que estaba no obstante dispuesto á renunciar á sus decretos en favor de los americanos, con tal de que éstos resistieran á la tiranía británica y obligaran al gabinete inglés á revocar las famosas órdenes del consejo ó le declararan la guerra; bajo esta condición decía que se hallaba muy pronto á restituir á los americanos el derecho cabal de neutrales.

Apresar los buques americanos no era difícil en Francia: tampoco en las ciudades anseáticas, en las bocas del Elba y del Wéser, donde las tropas francesas estaban acampadas; pero éralo en Holanda, donde el rey Luis se oponía á la voluntad de su hermano y donde se habían visto llegar muchos buques defraudadores; éralo en Dinamarca, que servía de buen grado de depósito á las mercancías vedadas, y que las introducía por la frontera de Holstein en el continente; éralo en los puertos de Prusia, que no tenía gran interés, ni gran gusto en atormentar á sus poblaciones para asegurar el triunfo de Napoleón sobre los ingleses; y éralo por fin en los puertos de Rusia, que, teniendo extremada necesidad del comercio británico para vender sus productos agrícolas, única fortuna de sus grandes señores,

se indemnizaba de la clausura de los mares con hacer bajo el pabellón americano parte del tráfico de que había prometido en Tilsit y en Erfurt abstenerse completamente.

Aunque despechado y hasta con ira y querellándose de las resistencias con una vivacidad mal adecuada á su política actualmente conciliadora, admitía Napoleón que se las opusieran Dinamarca, Prusia y Rusia; pero no podía aguantar que se le mostrara una mala voluntad, más pronunciada que en ningún punto del litoral europeo, en Holanda, país conquistado por las armas francesas y dado por reino á un hermano suyo; y de resultas amenazaba con un rayo á los temerarios que osaban dirigirle tales insultos. Con la simple enunciaci6n de estos ultrajes, se penetra el motivo que, en la reciente distribuci6n de sus tropas, le había impulsado á acantonar parte de las antiguas divisiones de Massena en torno de las fronteras de Holanda. Viendo que no podía llegar á impedir que los holandeses se entregaran al contrabando, dictó desde luego un decreto para prohibir toda comunicaci6n comercial con ellos. Esto equivalía á herirles de muerte, porque medio separados de la Gran Bretaña por el estado de la guerra, si se les separaba del continente por nuestras leyes, iban á ser condenados á morir de hambre. Entonces el rey Luis echóse á los pies de su hermano y obtuvo la revocaci6n del decreto, prometiendo mudar de conducta. Pronto salieron vanas sus promesas, pues los buques americanos fueron admitidos en todos los puertos de Holanda, sin embargo de nuestras reclamaciones. No pudiendo ya Napoleón contenerse ante este nuevo acto de desobediencia, restableció el decreto de separaci6n del continente, y anunció sin rebozo el proyecto de reunir la Holanda á la Francia.

Algún tiempo hacía que le ocupaba este pensamiento. Convencido de no poder conseguir de Holanda, aun bajo el trono de un hermano suyo, ni una concurrencia eficaz de las fuerzas navales, ni una concurrencia sincera para las restricciones mercantiles, se preparaba, júzguese lo que se juzgue, á incorporarla al imperio; y por triste y amargo que fuera el lenguaje de su hermano Luis, no se adecuaba á hacerle mudar de designio, bien que aun le contuvieran su familia, algún resto de cariño y la Europa. Un personaje, cuyo mérito había distinguido sobremanera, y que se le mostraba muy agradecido sin ser menos adicto á su patria, el almirante Verhuel, se afanaba por precaver un fatal rompimiento é instaba á los dos hermanos á verse. Napoleón no lo deseaba de ningún modo, temiendo ablandarse en presencia de su hermano; y el rey Luis no lo apetecía tampoco, temiendo caer en París bajo una mano harto prepotente, y temiendo también encontrarse con la reina Hortensia, su esposa, de quien vivía separado. No obstante, á instancias del almirante Verhuel, que había dado por cada uno de los dos hermanos los pasos que rehusaba dar el otro, salió el rey Luis del Haya, y vino á París para dirimir una diferencia, de cuyo ajuste podían resultar los sucesos más graves de entonces. Se conferenciaba sobre este asunto en el momento por donde nuestra relación corre, y el rey Luis como primer acto de sumisi6n había consentido en que se apresara á los americanos introducidos en los puertos de Holanda.

De seguida dedicóse Napoleón á reclamar que se ejecutaran sus decretos en los demás Estados del Norte. Admitir á los falsos neutrales y después secuestrarlos, se acomodaba sobremanera á su espíritu astuto y nada escrupuloso en la elecci6n de medios, con especialidad por lo concerniente á los defraudadores descarados que violaban á la par las leyes de su patria y las de los países que consentían en admitirlos. Les había hecho apresar en las ciudades anseáticas por sus propios agentes, y exhortaba tanto á Dinamarca como á Prusia que los dejaran entrar y les retuvieran luego, con la certeza de no retener más que á los ingleses bajo el falso nombre de americanos. Tímidamente se defendían Dinamarca y Prusia, alegando que, si muchos americanos eran defraudadores, otros podían muy bien no serlo, y que para asegurarse de si habían tocado en los puertos británicos se inspeccionaban muy activamente sus papeles. Pero Napoleón negaba que hubiera modo de establecer distinción alguna entre ellos, pues el menos culpable no podía haber navegado sin infringir la ley americana, que vedaba venir á Europa. En respuesta se balbuceaban razones de mal fundamento: se le ofrecía la observaci6n puntual de sus leyes, sin que por esto se dejara de eludir en la ejecuci6n algo, aun defraudándose á sí mismos para amparar á los defraudadores. Dinamarca no tenía excusa, pues Inglaterra la había tratado como enemiga implacable, y Francia al revés como amiga fiel y segura: además se trataba de sus más preciosos derechos, no habiendo otro Estado que tuviera mayor interés en resistir el sistema que los ingleses pugnaban por establecer respecto de los mares.

Como vencida y oprimida la Prusia, y sin interés por las cuestiones marítimas, era muy excusable en lo de no prestarse de buen grado al triunfo de las combinaciones políticas de su vencedor, y en lo de rehusar contribuir á que lo alcanzara á costa de crueles sacrificios. Sin embargo no se negaba absolutamente á conformarse con los deseos de Napoleón, bien que eludía las explicaciones, y de hecho admitía á los americanos sin retenerlos. Napoleón, que leía la correspondencia de sus cónsules por sí mismo y sustentaba la disputa en persona, propuso á la Prusia una combinaci6n digna de los defraudadores á quienes hacía la guerra. A la saz6n se anunciaban numerosos convoyes que, bajo el pabellón engañoso de los americanos, debían entrar en los puertos de la antigua Prusia, especialmente en Colberg, donde no teníamos un soldado.—Dejadlos entrar (dijo Napoleón) y apresadlos seguidamente; me entregaréis los cargamentos y los recibiré á cuenta de la deuda prusiana.—Y en tan extraña negociaci6n estuvo á punto de quedar plenamente airoso.

De todo el litoral del Norte no más que la Pomerania sueca quedaba abierta á los titulados americanos, país que Napoleón acababa de restituir á Suecia, por consecuencia de una revoluci6n repentina, aun cuando fácil de prever bajo un rey cuyas continuas extravagancias comprometían á un mismo tiempo el decoro y la dignidad de su Estado.

Ya se ha visto la desatentada direcci6n que Gustavo IV dió á sus fuerzas durante la triste guerra de la Finlandia. Encarnizado contra Dinamarca, en vez de habérselas sólo con Rusia, á quien pudiera así disputar

la Finlandia por largo tiempo, condujo muy notable parte de sus fuerzas hacia Noruega para invadirla y hacia el Sund para amenazar á Copenhague; y exasperados los suecos al verse arrebatar la Finlandia de resultas del mal uso hecho de sus bizarras tropas, se rebelaron contra un rey demente. Este movimiento estalló en el ejército de Noruega, que guiado por un oficial bullicioso y osado encaminóse hacia Stokolmo. Vanamente servidores leales se esforzaron por ilustrar á Gustavo IV y suplicarle que hiciera sacrificios indispensables á la naci6n justamente alzada en su contra. A la saz6n cayó en una especie de frenesí, arrojóse, no se sabe con qué designio, sobre la espada de un ayudante de campo, hubo que desarmarle y que velarle sin perderle de vista como á un loco furioso. En tal extremidad juntáronse extraordinariamente los Estados, le declararon incapaz de reinar, y llamaron al trono á su tío el duque de Sudermania, príncipe de carácter dulce y de gran cordura, que durante la menor edad del rey destronado había ya regido el reino con suma prudencia. A fin de precaver el nuevo monarca mayores desdichas, celebró paces con Rusia y con Francia.

Su paz con Rusia costó la Finlandia á Suecia; su paz con Francia vali6le por el contrario la restituci6n de la Pomerania y del puerto de Stralsund, ocupado por los franceses hasta 1810 desde 1807 en que lo hicieron suyo. Al otorgar Napoleón estas restituciones, impuso la condici6n de que se cerraran á los ingleses todos los puertos suecos y especialmente el de Stralsund, el más importante de todos, como que, situado junto al continente de Alemania, podía anular el vasto aparato del bloqueo continental por sí solo. Desgraciadamente, consumada la pérdida de Finlandia, no había ya sacrificio más duro que el comercio británico para los suecos. Casi todos los pueblos del Báltico, ricos en productos agrícolas, en materias navales, como hierro, madera, cáñamo, brea, no se podían pasar sin Inglaterra ó Francia entonces, y sin las dos á la vez en ningún tiempo. Estar á mal con Francia les dejaba acceso á Inglaterra, y á más les hacía instrumentos de un provechoso contrabando; pero romper con Inglaterra les cerraba los puertos británicos sin abrirles los puertos de Francia estrechamente bloqueados; de modo que la desavenencia con Inglaterra equivalía á la ruptura con ambas naciones. Después de prometer los suecos á Napoleón indisponerse con los ingleses, le cerraron efectivamente el gran depósito de Gothemburgo, situado tan cómodamente para el contrabando; pero consintieron desde luego trasladar este depósito á las islas próximas á Gothemburgo, y á semejanza de todos los pequeños ribereños del Báltico salían del compromiso respecto á Francia con promesas repetidas y violadas siempre.

Muy bien informado Napoleón por sus cónsules de cuanto acontecía, desazonóse al averiguar que se le engañaba en Suecia como en otros puntos; recordó los motivos que le hicieron declarar la guerra á Gustavo IV y celebrar la paz con el duque de Sudermania; y anunció que iba á ocupar la Pomerania de nuevo, á hostilizar otra vez á Suecia, pensárase lo que se pensara en los gabinetes del Norte, si las prescripciones relativas al comercio británico no eran rigurosamente observadas.

Entre estos gabinetes del Norte sólo uno, el de Rusia, declarando á medias su resistencia, disimulando el dis-

gusto que había sentido á consecuencia de los procedimientos de Napoleón en la cuestión del matrimonio, y de la negativa á unírsele para lo concerniente á Polonia; disimulando también el recelo que se le podía inspirar la reciente intimidad de Francia con Austria, asístale una razón para soportarlo todo por el momento, y era el afán de llevar á remate la guerra contra los turcos, á fin de arrancarles la Moldavia y la Valaquia. Semejante causa valía con efecto la pena de sufrir sin quejarse muchos disgustos: por otra parte, la idea de una nueva guerra con Francia no halagaba entonces á ningún hombre sensato en Rusia; y sin embargo, aunque resuelto á aguantar mucho, Alejandro conservaba, fuera de su orgullo personal, el orgullo de un grande imperio.

Ofendido de la dominación que Napoleón pretendía ejercer sobre todas las costas del Norte, desde Amsterdam, Brema, Hamburgo, hasta Riga y aun hasta San Petersburgo, resignábase no obstante Alejandro en consideración del objeto á que se encaminaba en Oriente, pero quería que en sus propios Estados obrara con alguna reserva; lo quería por un sentimiento de dignidad que era muy sostenible, y por un interés agrícola y comercial que no lo era tanto. Consiguientemente opuso al gabinete francés la razón alegada en aquel momento por todos los demás Estados, razón de ninguna solidez ínterin la ley americana del embargo existiera, á saber: que no todos los americanos eran defraudadores; que los había sinceros y practicando un comercio legítimo; que no admitiría más que á éstos; que apresaría cuidadosamente á todos los otros; y que, privado del comercio con Inglaterra, quería conservar el de América absolutamente. La argumentación era mala, porque la ley del embargo constituía defraudador á todo americano que navegara en Europa, y además se sabía con certidumbre que los ingleses no dejaban pasar un solo buque sin que pagara su derecho de navegación ó cargara de mercancías inglesas.

Por desgracia Napoleón, á impulsos del deseo de acumular á la vez todas las ventajas, acababa de suministrar argumentos muy plausibles en contra suya á cuantos el bloqueo continental ofendía, permitiendo por medio de *licencias* ciertas comunicaciones con la Gran Bretaña. Véase cómo vino á parar á estas excepciones de su propio sistema, que le colocaban en un estado de contradicción consigo mismo sumamente embarazoso.

Hacia fines de 1806 necesitaron los ingleses de trigo, y en todas épocas les hacían falta las materias navales del Norte. De resultas permitieron que todos los buques, sin excluir los de los contrarios, les llevaran trigo, madera, cáñamo, brea, absteniéndose de hacerles pagar derechos que hubieran recaído sobre ellos mismos, por encarecer las materias de que necesitaban proveerse. Por virtud de esta interesada tolerancia viéronse en los muelles del Támesis buques belgas, holandeses, anseatas, daneses, rusos, todos en guerra con la Gran Bretaña. Echando de ver Napoleón la necesidad que los ingleses experimentaban de las materias que permitían introducir de tan excepcional modo, imaginó aprovecharse de ella para hacerles aceptar productos franceses, y concedió salvoconducto á los buques que, llevando madera, cáñamo, trigo, formaran parte de su cargamento con sedas, paños, vinos, aguardientes, quesos, etc. En cambio permitió que se trajeran ciertas materias deter-

minadas, no tejidos de Manchester ó quincallería de Birmingham, ni cafés ó azúcares, sino algunos objetos de que carecían nuestras manufacturas, como añil, cochinilla, aceites de pescado, maderas de las islas, cueros, etc. Al modo que buques franceses en Inglaterra, se vieron buques ingleses en Francia navegando unos y otros con pasaportes llamados *licencias*, mintiendo acerca de su origen en ambos países y cooperando singularmente á la propagación del fraude; porque obligados los franceses á llevar sedas con el trigo, fiábanlas á la entrada del Támesis á contrabandistas, que se encargaban de su introducción fraudulenta; y los ingleses obligados á su vez, para zarpar libremente de sus puertos, á exportar tejidos de algodón no admitidos en Francia, entregábanlos cerca de nuestras costas á contrabandistas, que tomaban el introducirlo á su cargo, y no se presentaban en nuestros puertos más que con las materias permitidas. Este tráfico corrompía el comercio habituándolo á la mentira y hasta al delito de falsario, pues había en Londres falsificadores de papeles de á bordo, que ejercían públicamente su industria. Además los inconvenientes de esto eran grandes y medianas las ventajas, no habiéndose elevado de 1809 á 1810 á más de 20 millones en Francia el comercio, tanto de exportación como de importación por *licencias*. Pero el mayor peligro de semejante comercio estribaba en colocar á la Francia en un estado de contradicción consigo propia verdaderamente insostenible, y más ante aquellos de quienes exigía que las leyes del bloqueo continental fueran rigurosamente observadas.

«Exigís, decíale Rusia, que vede yo á mis naturales toda comunicación con Inglaterra, que les prive de vender sus cereales y sus materias navales, no pudiéndoles hallar salida sino con los negociantes ingleses; que les condene á no recibir en cambio azúcares, cafés, tejidos de que tienen necesidad indispensable, y al par no vaciláis en llevar á Inglaterra vuestras sedas, vuestros paños y vuestros vinos y en traerlos azúcares y cafés, tan severamente excluidos por vuestras leyes de todo el resto del continente. No os mostréis, pues, con los demás tan riguroso, mostrándoos con vos tan condescendiente, y menos siendo el interés de los demás casi nulo y el vuestro muy grande en que el sistema de rigor sea universalmente admitido y practicado.»

Tal argumento tenía una solidez que Napoleón se esforzaba por desconocer muy en vano, y lo rechazaba con ira, no pudiendo impugnarlo con buenas razones. «Cuanto se dice de mis *licencias* es falso, respondía á la Rusia; yo no introduzco azúcares ni cafés en Francia, sino que me aprovecho de la necesidad que tienen los ingleses de nuestros trigos, para obligarles á recibir algunas sedas, algunos paños, algunos vinos, y me pago con materias indispensables á nuestra industria, y sobre todo con guineas que salen del Támesis de esta suerte y cuya salida contribuye á arruinar el cambio de Inglaterra.»

No careciendo de verdad respuesta semejante, su contenido bastaba á patentizar la insignificancia de este comercio por *licencias*, corruptor al par que inconsecuente, origen de pocos beneficios, de muchas inmoralidades y fundamento de muy apremiantes razones á favor de los numerosos adversarios del bloqueo continental.

No obstante, persistiendo Napoleón en su sistema, vigilando por sí mismo las costas de Francia y de los países aliados, leyendo cotidianamente los partes de entrada y salida de los buques, exigiendo la introducción de las aduanas y de las tropas francesas en Holanda, encargando al mariscal Davout el cuidado de guardar á Brema, Hamburgo y Lubeck, preparándose á volver á ocupar la Pomerania, forzando á Prusia á cerrar Colberg y Koenisberg, estrechando á Rusia, aunque sin lograrlo, á cerrar Riga y San Petersburgo, estaba próximo á conseguir inmensas ventajas. Sin duda podían quedar entreabiertas á los productos de la industria británica algunas salidas; pero teniéndose que remontar á las extremidades del Norte en buques para volver á bajar después al Mediodía en carros rusos, habrían de llegar á los lugares de consumo tan recargados de precio que fuera imposible el despacho. Practicado el bloqueo continental de este modo y mantenido perseverantemente, sin provocar á guerra al Norte, no podía menos, y se verá así muy en breve, de reducir á Inglaterra á una situación insostenible por lo apurada.

Al par que procuraba Napoleón obligar á los ingleses á la paz de resultas de un gran descalabro en la península y de un sistema ruinoso de trabas comerciales, ocupábase con igual actividad en los asuntos interiores del imperio. Al fin se había apoderado de la gran cuestión de los cultos, que no era la menor de las provocadas por la impetuosidad de su carácter.

Trasladado el papa á Savona y allí preso, se negaba obstinadamente á desempeñar las funciones de la Santa Sede. No había cisma, como en los últimos tiempos de la revolución, en que, dividido el clero, dividía á los fieles, y se vengaba de las persecuciones que había sufrido con turbar el Estado Unido. Sosegado, sumiso á la sazón el clero, celebraba en todas partes el culto del mismo modo; ignoraba ó fingía ignorar la bula de excomunión fulminada contra Napoleón; criticaba muy generalmente al sumo pontífice por haber recurrido á este extremo y expuéstose así ó á revelar la debilidad de sus armas espirituales, ó á conmovir un gobierno que, á pesar de sus faltas, se consideraba necesario todavía para la salvación de todos.

Sin embargo, los que pensaban de tal manera desaprobaban fuertemente la traslación violenta del papa, deploraban su encarcelamiento y deseaban el término de un estado de cosas afflictivo para los buenos católicos y que tarde ó temprano podía degenerar en cisma. Casi unánimemente se anhelaba que el emperador se entendiera con el papa, que proporcionara un establecimiento decoroso al jefe de la Iglesia, sin esperar y aun sin apetecer que se pudiera conseguir la restauración del poder temporal, considerándose entonces irrevocablemente destruido. ¡Cosa singular! Olvidando en aquel momento, bajo la presión de un gobierno omnipotente, hasta qué punto el poder temporal de los pontífices era necesario á la independencia del poder espiritual, la Iglesia, después tan exigente, se inclinaba á admitir que el papa debía renunciar á sus Estados, contentándose con un establecimiento considerable que, por magnífico que se imaginara, no podía en suma ser más que el de los antiguos patriarcas residentes cerca de los emperadores de Constantinopla.

Tal era el dictamen de la gran mayoría del clero;

pero una minoría fogosa, la que había rechazado el concordato, siendo partícipe de todos los odios de los antiguos realistas, trazaba desconsoladoras pinturas de los padecimientos del papa, esparcía la bula de excomunión con gran diligencia y provocaba desembozadamente al cisma. Así sostenía que usurpar el dominio de San Pedro era atacar la fe; que el papa preso se debía negar á todo acto pontificio; que el clero católico, privado de comunicación con su jefe, se debía negar muy pronto á administrar los sacramentos. En suma, así como antes los parlamentos, para vencer al trono, habían pretendido detener el curso de la justicia, estos eclesiásticos para crear á Napoleón tropiezos querían avanzar hasta suspender no menos que el ejercicio del culto.

Un ejemplo tocó Napoleón el mismo día de su matrimonio de los obstáculos que le podían poner los eclesiásticos descontentos ligados con los antiguos realistas. Según lo enunciamos ya en otra parte, había llamado á París á la mayoría de los dignatarios del gobierno pontificio, reuniendo así en torno suyo veintiocho cardenales de todas las naciones, los cuales asistían casi todos los domingos á la misa de su capilla, aun cuando estaba excomulgado. Trece de los veintiocho cardenales faltaron á la ceremonia el día de su matrimonio, por el motivo, que no se atrevían á dar á las claras, si bien deseando que el público lo comprendiera, de que Napoleón no se había podido divorciar sin el papa, y que subsistiendo por tanto el primer matrimonio, era irregular el segundo. Para discutir de este modo no había el menor fundamento, pues no se trataba de divorcio, que, no admitido por la Iglesia, únicamente podía ser decretado por el papa, sino de anulación del matrimonio con Josefina, decretada por la jurisdicción del ordinario, después de seguidos todos los trámites de la jurisdicción eclesiástica. Por falso que fuera el motivo indicado, más bien que alegado, propendía no menos que á tildar de concubina á la augusta princesa que la corte de Austria había dado á Napoleón en matrimonio, creyendo hacerlo por los términos regulares, y de consiguiente de hijo adulterino al heredero del imperio, que Francia esperaba entonces con impaciencia.

Napoleón, á quien no se escapaba nada, echó de ver durante la ceremonia nupcial que no asistían á ella todas las *ropas coloradas*, según solía llamarlas. Contadlos, dijo á un prelado de su capilla; y habiendo averiguado que de los veintiocho faltaban trece, exclamó á media voz y con una violencia á que no pudo poner freno: ¡Insensatos! ¡Siempre los mismos! ¡Ostensiblemente sumisos y secretamente facciosos! ¡Pues ya verán lo que cuesta jugar con mi poder! No bien terminada la ceremonia, llamó al ministro de Policía y le mandó que arrestara á los trece cardenales, les despojara de la púrpura (por consecuencia de lo cual se les designó con el nombre de cardenales negros), les dispersara por diferentes provincias bajo la vigilancia de las autoridades, y les secuestrara sus rentas eclesiásticas y hasta sus bienes personales.

No se podía responder con más violencia á una oposición más imprudente y condenable. Entre el número de los trece se hallaba Oppizoni, á quien Napoleón había nombrado arzobispo de Bolonia, cardenal y senador, sin embargo de las muchas sombras esparcidas sobre la vida privada de este príncipe de la Iglesia.

Ante el virrey de Italia le hizo comparecer á fin de que en el acto hiciera dimisión de sus dignidades eclesiásticas todas, amenazándole en el caso contrario con los más severos castigos. Aterrorizado el ingrato prelado envió la dimisión exigida, vertiendo un torrente de lágrimas, y al punto dejó á París por el retiro, entre destierro y cárcel, que se le había señalado.

Al día siguiente de violencias tan deplorables, regocijábanse mucho los secretos instigadores de ellas de la acusación de adulterio lanzada contra un matrimonio del cual había de nacer el heredero del imperio y de las arbitrariedades de que esta acusación había sido causa, y se congratulaban de sembrar así una infinidad de males ante los pasos de un gobierno detestado y en quien por desdicha la cordura no se equiparaba con la gloria. El clero no cegado por el espíritu de partido deploraba á la vez la culpa y la pena y ansiaba vivamente el fin de un estado de cosas de que se podían derivar las consecuencias más graves. Tristemente era difícil de conseguir que se moderara Napoleón y que se resignara el papa, medio único sin embargo de que entre las dos potestades espiritual y temporal se acordara un ajuste.

Aunque rodeado el papa en Savona de una exquisita vigilancia, bajo las apariencias de las mayores contemplaciones, comunicábase con la porción bulliciosa de los católicos, y alcanzándosele tanto como á ellos la táctica más oportuna, se negaba constantemente á todos los actos del pontificado. No quería instituir á los nuevos obispos nombrados por Napoleón, de cuyas resultas había ya veintisiete sedes vacantes, ni continuar á los obispos la facultad de expedir ciertas dispensas, especialmente para los matrimonios. Así interrumpía hasta donde estaba á su alcance el ejercicio del culto en Francia, lo cual podía redundar en daño del mismo culto ó del gobierno, según tomaran partido por el papa ó por el emperador las poblaciones. Pío VII, viviendo en el palacio episcopal de Savona, diciendo allí misa todos los días, echando la bendición á los fieles que á menudo iban á recibirla desde muy lejos, acogía á las autoridades cortésmente, pero con tristeza, y cuando le instaban á consentir en desempeñar las funciones más indispensables del pontificado, respondía que carecía de libertad y sobre todo de consejo, pues estaban encarcelados ó reunidos en París alrededor del trono imperial los cardenales, y que en semejante aislamiento no podía dar validez ni eximir de error á ningún acto, no teniendo cerca de sí ninguna de las lumbreras de la Iglesia.

Informado Napoleón de lo que hacía y decía el sumo pontífice por los partes muy benévolos y conciliadores del prefecto de Montenotte, Mr. de Chabrol, no se quedaba atrás en sutileza de ingenio, y decía que tampoco él tenía prisa, y que ínterin el papa se daba á partido, seguiría administrando la Iglesia por ciertos medios, provisionales sin duda, pero suficientes hasta para tiempo muy largo. De consiguiente, respecto de asuntos eclesiásticos había prescrito el silencio, absteniéndose hacía un año de determinar nada, no sólo por cálculo, sino también por imposibilidad de abarcarlo todo, pues los negocios se multiplicaban de continuo bajo su mano, aun después de finalizada la guerra de Austria. Con todo, anhelaba poner término á la querrela con el papa,

queriendo hacer extensiva á la Iglesia la paz que acababa de dar á la Europa.

El papa que, aun orando con fervor, sentía el peso de sus cadenas, que veía resolverse cotidianamente una porción de cuestiones importantes, sucederse tratados, divorcios, matrimonios, y que á vueltas de frases muy respetuosas nunca hallaba en boca del prefecto más que consejos sin esperanza de ajuste, se impacientaba al cabo y hasta casi montaba en ira. «¡En todo se piensa, decía, menos en Dios! Se ocupan en todos los negocios menos en los de la Iglesia. Pues su importancia temporal tienen asimismo, y ya se conocerá si algún día se llega á interrumpir la cadena de las prosperidades. ¡Se me quiere apurar la paciencia! Pues bien: usaré de nuevas armas, ocasionaré un nuevo estampido, recurriré á los medios que Dios ha puesto en mis manos para salvar su Iglesia...»

Y sin explicarse más el pontífice infortunado, pasando de la paciencia á la exaltación, como los caracteres dulces y vivos, daba á entender en términos amenazadores que provocaría un cisma, apelando solemnemente á las conciencias, y volvería á poner al gobierno imperial en la misma situación embarazosa en que se habían visto los gobiernos revolucionarios, porque del cisma la guerra civil dista poco. Después de estas amenazas tornaba á caer en su abatimiento y su dulzura, se esparcía en largas conversaciones con el prefecto y le preguntaba de continuo cómo era que aquel general Bonaparte, á quien había amado tanto, cuya elección había tanto favorecido, por quien tanta oposición había arrostrado para irle á consagrar en París, podía pagarle con ingratitud tanta y oprimirle, humillarle y conmovér la Iglesia después de haberla restablecido tan hábil y valerosamente con el acto glorioso del concordato... Y se manifestaba confuso de asombro y de pena ante tan extrañas contradicciones. Mr. de Chabrol le prodigaba consuelos, le tranquilizaba y le hacía esperar que se ajustaría al fin todo, sin decirle precisamente bajo qué condiciones, aunque dejándole adivinar que sería á costa de su poder temporal. A esto el papa no respondía cosa alguna, afectando no cuidarse más que de los intereses del poder espiritual.

Ello era forzoso acabar y venir á un ajuste cualquiera, y nadie lo conocía mejor que Napoleón, viendo y tocando que los medios provisionales adoptados para gobernar á la Iglesia sin la participación de su jefe eran insuficientes, muy controvertidos, muy contrariados y en su aplicación especialmente. Veintisiete sedes habían quedado vacantes en el imperio desde que se indispuso con Roma: sabido es que sin su obispo ó un representante suyo toda diócesis se halla detenida en su marcha, que está sin gobernar el clero, que ciertos actos de la vida civil están en suspenso, porque entre católicos la vida civil se consume á su vista, como que la religión la consagra. Acaso más grave que la privación de un obispo es la existencia de un obispo no aceptado por los fieles, pues quiere mandar y no es obedecido, con lo que la Iglesia no se halla en expectativa, sino en revuelta; y no otro era el peligro de las veintisiete sedes vacantes, ya que no siendo Napoleón hombre para tener ociosa su prerrogativa apresuró á proveerlas de nuevos titulares. Propuesto había al papa que confiriera la institución canónica á los prelados elegidos, consin-

tiendo en que el pontífice no mencionara en las bulas el soberano temporal de quien confirmaba los actos. Sin peligro de su autoridad podía Napoleón hacer gala de tal modestia; pero no quería, y con razón, que se empleara una fórmula de que usa el papa respecto de sedes sobre las cuales reúne el doble poder de nombrar y de instituir los obispos, fórmula calificada de *motu proprio*. Cabalmente era la que el papa había empleado, para Mr. de Pradt, trasladado de la silla de Poitiers á la de Malinas. Siendo no la omisión, sino la negación de su autoridad, Napoleón rechazó estas bulas y quiso que se apoderaran del gobierno de sus diócesis los obispos á quienes había nombrado, bien que no estuvieran instituidos; y para suministrarles el modo de hacerlo, recurrió á un expediente indicado por los antiguos usos de la Iglesia, invistiéndoles con la calidad de *vicarios capitulares*.

Con efecto, cuando por muerte de su pastor quedaba vacante una sede, bajo el título de vicario capitular elige el cabildo de la diócesis un administrador provisional de ella, que hasta la institución del nuevo titular desempeña las funciones del episcopado, bien que se limita á las indispensables y no goza de ninguno de los honores de la dignidad que representa. Antes los obispos nombrados eran elegidos á veces vicarios capitulares y entraban en posesión inmediata de sus sillas. No pudiendo Napoleón obtener las bulas tales como las deseaba, se propuso que los individuos nombrados fueran investidos con la calidad de vicarios capitulares; pero casi en todas partes halló una vivísima resistencia. Generalmente los cabildos habían elegido su administrador provisional antes de que Napoleón nombrara los nuevos prelados. De consiguiente, alegaban la elección ya hecha por no proceder á la segunda, ó bien, cuando eran más atrevidos, osaban sostener que obrar como se les mandaba equivalía á anular por rodeos la institución canónica perteneciente al papa, y negaban que las reglas de la Iglesia permitiesen conferir á los obispos nombrados la calidad de vicarios capitulares.

Verdadera ó falsa les acomodaba esta doctrina, pues muy luego se penetraron de que, prestándose á la administración provisional de las iglesias, quitaban al papa el medio más seguro de atajar á Napoleón en su camino; pero semejante medio se resentía de peligroso, dado que atajar á un hombre como Napoleón no era fácil, y que interrumpir el mismo culto, á trueque de lograrlo, no era muy piadoso. Vanamente algunos eclesiásticos ilustrados, haciendo memoria de que Enrique VIII pudo, á impulsos de causas oprobiosas, segregar de la Iglesia católica á una de las más grandes naciones del globo, conjeturaban que Napoleón, con poder muy superior al de Enrique VIII, y fundado en causas muy de otra manera sostenibles, podría ocasionar mayores daños que el monarca inglés á la Iglesia, sobre todo en un siglo indiferente, mucho más de temer que un siglo hostil. Más obcecados por sus pasiones los instigadores de la oposición clerical, se curaban poco del riesgo de la religión, y aun habían trasladado á París el teatro de esta aventuradísima guerra. Lo acontecido en tan importante sede ofrecía el más vivo cuadro de la Iglesia francesa de entonces y de las relaciones de Napoleón con la misma.

Habiendo quedado la mitra arzobispal de París va-

cante, Napoleón nombró para que se la ciñera al cardenal Fesch, su tío. Apenas elegido éste, se condujo entre el clero al modo que los hermanos de Napoleón en sus reinos, pensando, no en pagar la deuda de gratitud contraída, sino en popularizarse. Como ya hemos dicho, el cardenal Fesch, transformado súbito de proveedor de ejército en católico fervoroso y austero prelado, quiso hacerse ídolo del clero, como Luis de los holandeses, José de los españoles, Murat de los napolitanos, y aparentando sumisión delante de su terrible sobrino, cuando no estaba en su presencia jamás perdía la coyuntura de gemir hipócritamente por los males de la Iglesia, juraba arrostrar el martirio primero que doblegarse á la tiranía, y afectaba desdeñar un parentesco del cual estaba más orgulloso y hacía el clero mayor caso que de sus equívocas virtudes. Indignado Napoleón de tanta ingratitud y arrogancia, le trataba con aspereza, y más cuando llegaba á hacer ostentación ante sus ojos de un saber teológico de fresca data, pues le preguntaba si había aprendido lo que sabía especulando con el pan del soldado. «Traedme, le decía, al abate Emery ó á Mr. Duvoisin; que esos saben lo que se dicen y valen la pena de ser oídos.» Con efecto, el abate Emery, eclesiástico docto, tan fervoroso como ilustrado, que había rehusado todas las diócesis por seguir de rector del seminario de San Sulpicio, vivía reverenciado al frente de aquel establecimiento que había provisto de curas y prelados casi á toda Francia. Secretamente era realista y enemigo de Napoleón, quien lo sabía sin que le importara gran cosa. Mr. Duvoisin, obispo de Nantes, era un prelado fiel á sus deberes, muy instruido y dotado de prudencia suma. Así creía que en vez de mirar el poder del gran emperador, se necesitaba moderarlo, dirigirlo y atraerlo á la Iglesia. Napoleón gustaba de oír á Mr. Emery, pero no defería más que á los dictámenes de Mr. Duvoisin, y por lo que hace á su tío, ni escuchaba sus discursos ni se atenía á sus consejos.

Luego de nombrar al cardenal Fesch arzobispo de París, siéndolo ya de Lyon, quiso que se apoderara de la sede y la gobernara como titular definitivo. Resistió el cardenal ante todo por no desagradar al pueblo y después con el fin de ser arzobispo de París y de Lyon á un mismo tiempo, juntando así las dos principales mitras del imperio. Esta acumulación de dos sedes no carecía de ejemplares; pero, consultado el papa, negóse á consentir semejante abuso, rebuscado mal á propósito en los tiempos antiguos, y exigió que optase el cardenal entre Lyon y París, sin prestarse á instituirle como á ninguno de los demás nuevos titulares.

Empeñándose el cardenal en conservar la sede de Lyon, como que allí era titular *nombrado é instituido*, persistía en llamarse cardenal arzobispo de Lyon y simple administrador de la diócesis de París. Con objeto de ser más patente la situación en que se había colocado, no moraba en el palacio arzobispal de París, sino en una casa suya de la calle de Monte Blanco. Mientras dejaba que languidesciesen los asuntos de la Iglesia, toleró Napoleón la conducta equívoca de su tío; mas llegada la época de tratar formalmente de ellos, y habiendo ido por casualidad al templo de Nuestra Señora al hacer no sé qué visita de varios puntos, no encontró allí al cardenal Fesch. Semejante circunstancia hizo conocer la inconveniencia de la posición que